Semejante grito de abatimiento, saliendo de los labios de semejante hombre, debia recogerse.

Aquel que tal vez tenía derecho para tomar la palabra en esta cuestion la recogió, pues habia hecho en ella el estudio de toda su vida, y tal vez habia conseguido dar á la *Profesion del siglo* XIX la fórmula del progreso.

Lamartine respondió á su adversario con el arranque elocuente de un espíritu inquieto que podria dudar de su duda, y que sólo anhelaba, más bien que convertir, ser convertido.

El defensor del progreso respondió á su turno á Lamartine, y de esta polémica salió el presente volúmen.

El autor lo habia dedicado á Juan Reynaud; hoy lo deposita sobre su tumba como un último homenaje.

El sitio preferente en este debate pertenece á Lamartine; á él le toca tomar la palabra el primero.

Ved, pues, la requisitoria que ha formulado contra el progreso en su tercera conversacion literaria.

I.

Desde hace algun tiempo se ha formado en Alemania, Francia y otros Estados de Europa una escuela de filosofía de gran intencion y demasiada soberbia. Se la llama la filosofía de la perfectibilidad indefinida y contínua de la humanidad.

Nosotros estamos bien léjos de negar la tendencia orgánica y santa del progreso en todas las cosas. Esta fuerza centrífuga del espíritu humano le imprime todo movimiento, como la fuerza centrífuga de los planetas imprime su rotacion á los astros, pues aunque los astros de por sí no progresen indefinidamente, dan vueltas sobre su eje inmóvil y en las órbitas prescritas.

Si el movimiento y el progreso son dos cosas en el cielo, ¿por qué no ha de ser lo mismo en el espíritu humano?

Veamos cuál es esta teoría aplicada á la filosofía india.

II.

Estos filosofos de la perfectibilidad indefinida y contínua, á fuerza de querer engrandecer y divinizar la humanidad en lo que ellos llaman el porvenir, por el contrario, la degradan y envilecen hasta la condicion del bruto en su orígen y en su pasado.

Si se considera la idea que ellos se han formado y quieren hacernos formar del hombre en su cuna, el verdadero nombre de su filosofía no sería el espiritualismo ni el deismo, ni el panteismo, ni siquiera el materialismo: deberia llamarse con más propiedad el *vegetalismo.*

Antes de absorbernos en la contemplacion de la teología primitiva de la India, permítasenos confesar, escudados con el mismo derecho que estos filósofos, con el derecho de la historia y de nuestras conjeturas, una filosofía enteramente opuesta.

Seducidos estos filósofos por algunas analogías científicas muy dudosas que les mostraban en el trabajo subterráneo de los elementos que componen este globo y en algunos cadáveres de animales antidiluvianos los restos de elaboracion progresiva, y de este perfeccionamiento falso ó verdadero en las especies, han deducido que el alma no es más que materia: el hombre piedra.

Estos filósofos han soñado que en el principio de las cosas y de los séres el hombre no era más que un *monton* de fango calentado por los rayos del sol, dotado luégo de un instinto que le fuerza al movimiento sin impulsion, de algunos miembros rudimentarios que una inteligencia sorda y obtusa desprende gradualmente del fango para crearse á sí propia los órganos, y por último, de una forma humana, que se debatia por espacio de millares de siglos contra el fango que resiste al movimiento; y dotada, por fin, sucesivamente del instinto, que es el crepúsculo del alma; de la razon, que es el resúmen reflexivo del instinto; del balbuceo, el preludio de la palabra, y, en fin, de todas esas facultades maravillosas que hacen hoy del hombre la miniatura perecedera de un Dios.

III.

Sistema singular, que para apoyar una teoría de perfectibilidad sin límites, que quiere ennoblecer, la hace salir de la materia que deshereda á Dios de su obra la más divina; que toma por creador, en lugar de Dios, una paletada de barro en un lodazal; un poco de

calor pútrido en un rayo de sol; un poco de movimiento sin objeto, robado á los vientos y á las olas; despues un instinto, igualmente robado á un sordo poder vegetativo, y á una inteligencia que lo desenvuelve y destruye todo, ¡y sin más objeto que relegar á Dios al abismo *de la abstraccion y de la inercia!*

Pero este fango, este rayo, este movimiento, este poder vegetativo, ¿quién los habia criado ántes que vuestra humanidad fangosa se desprendiese del pantano inmundo?

¡Sublime imaginacion de larva si pudiese hacer una creacion un hombre y un Dios á su imágen!

¡Sombríos ensueños!

Sueños por sueños, preferimos soñar con los brahmanes, esos teólogos filósofos de la India primitiva, esos precursores de la filosofía cristiana; preferimos mejor soñar que el Criador, *tan* sabio, *tan* poderoso, y *tan* bueno entónces como hoy, ha creado desde el primer dia todo sér y toda raza de séres en el grado de perfeccion que soporta la naturaleza de esos séres ó de esa raza de séres en la economía divina de su plan perfecto.

Preferimos soñar, imaginar y creer que el hombre estuvo mejor dotado y fué más completo en su juventud que en su vejez, que recientemente salido de la mano de Dios, de donde acababa *de caer* impregnado aún de los rayos de su aurora, instruido por la revelacion de sus instintos intelectuales; provisto de una ciencia innata más necesaria y más vasta; de un lenguaje más expresivo del verdadero sentido de las cosas; viviendo en la plenitud de la vida, de la hermosura, de la virtud, de la dicha; *el polo de la naturaleza*, y ante el cual toda otra criatura debia inclinarse con admiracion y respeto.

Preferimos soñar, imaginar ó creer que el hombre en esta época, dotado de una libertad misteriosa, sin la cual no habria nada de activo ni meritorio en él, habria abusado de esta libertad moral para pecar contra su Criador y contra su destino; que esta falta habria tenido por consecuencia una degradacion y una expiacion de la especie humana; que las tinieblas de la inteligencia habrian cubierto sus ojos, no dejándole entrever durante largo tiempo más que confusas memorias de su estado primitivo.

Preferiríamos soñar, imaginar ó creer que esta misma libertad que le hizo cometer la primera falta le haga remontarse laboriosamente á su apogeo de criatura no más inocente, sino rehabilitada y perdonada; que las tinieblas, el trabajo, los esfuerzos, las miserias, los sufrimientos, la muerte, son las condiciones del estado presente de la humanidad, y la vía de esta rehabilitacion en la luz, en la dicha y en la inmortalidad.

Nos ruborizaríamos de pensar, de imaginar y de

creer que Dios, como un obrero impotente y poco diestro, no hubiera dotado al hombre desde su creacion de toda la plenitud de su humanidad; que el Todopoderoso hubiera tanteado como un ciego al formar el pedazo de arcilla, y que despues de haberlo vaciado en los pantanos diluvianos de la tierra, hubiera encargado á alguna fuerza oculta el acabarlo, animarlo y hacer de aquello un hombre!...

Francamente: esta filosofía, que hace un Dios progresivo, hace de Él, por lo mismo, un Dios absurdo.

Léjos estamos de participar de estas creencias, que creeríamos blasfemias.

Quien dice Dios, dice perfeccion y eternidad.

IV.

En cuanto á la perfectibilidad indefinida y contínua del hombre, aunque este progreso creciente é indefinido del hombre y de la humanidad no estuviese desmentido por el buen sentido, por la historia y la tradicion, se veria ciertamente desmentido por la naturaleza, la organizacion misma del hombre y por el tamaño del globo que habita; divinizado y perfeccionado indefinidamente el hombre, inmortalizado aquí abajo en la felicidad y en la vida, es un contrasentido

á todo lo que conocemos, á todo lo que consignamos de la constitucion física del hombre.

Vamos á encontrarlo ahora, al buscar la prodigiosa antigüedad de los *Vedas* ó libros sagrados primitivos de la India y la China, donde hace muchos siglos existe el hombre. Libros tan antiguos como el monte Himalaya, nos hablan del hombre, de sus sentidos, de sus formas, de su estatura y de su estado físico y moral.

La tierra, el mar, la piedra, se entreabren para hacer penetrar la luz bajo las ligaduras de las momias, ó en los sepulcros de mármol los esqueletos de los hombres que vivian sobre la tierra, ántes que el mármol mismo hubiese sido formado.

En estos libros, en estos vestigios, en estos esqueletos del hombre primitivo, ¿se encuentra algun indicio que indique el menor progreso en la construccion física de la humanidad? ¿Qué sentidos faltaban á los hombres de los primeros tiempos? ¿Qué sentidos tienen ahora más los hombres del dia? ¿Existe un nervio, una fibra, una uña, un músculo, una articulacion distinta entre el hombre de hoy y el hombre de hace cuatro mil años?

Probadme que vuestra naturaleza, eternamente progresiva en el trascurso de ese prodigioso número de siglos, no haya dado un órgano, un dedo, un diente, un cabello de más á su criatura favorita, una línea á su

estatura, un dia de más á la duracion de su vida!.....

No, nada, ni siquiera un átomo más de materia organizada para su uso.

Tal es, tal ha sido, tal será el pedazo de arcilla posado por la misma mano y en el mismo molde.

V.

Si los órganos no han cambiado, ¿cómo las facultades que resultan de estos órganos, y que están limitadas por estos mismos órganos, habrian cambiado?

Si hubiese una facultad de más, supondria otro sentido más; ¿en dónde está este sentido? Un destino progresivo en espacio hubiera supuesto un destino prolongado en tiempo. ¿En dónde está el tiempo de más conquistado por el hombre?

«El hombre vive pocos dias, decia ya Job, y estos dias son malos.»

¿Qué diferencia hay de esto á lo que ahora decimos nosotros?

VI.

Se responde á esto que la perfectibilidad indefinida dará al hombre más larga vida.

Suponiendo que esto fuese posible, al volver á entrar el hombre en el seno de la tierra por las puertas de la muerte encontraria con razon su vida de corta duracion, pues todo lo que acaba es corto para el pensamiento que sueña con la inmortalidad.

Pero los filósofos que afirman el progreso de la duracion de la vida humana olvidan que todo está coordinado en el plan divino; que este plan divino asigna al hombre una duracion de vida en proporcion exacta con el número de los otros hombres que vivieron ó que deben vivir á su lado, ántes ó despues que él sobre la tierra; que el espacio de este pequeño globo no se ensancha á gusto de los orgullosos sueños de los utopistas de la perfectibilidad indefinida; que la fecundidad misma de la corteza de este globo no es indefinida en la produccion de los alimentos necesarios para la existencia del hombre; que si una generacion prolongase indefinidamente su vida, multiplicándose á proporcion su raza sobre la tierra, se veria, por una parte, que esta generacion sin fin y sin límites encontraria este globo demasiado pequeño para su multitud y sus necesidades, y, por otra parte, que esta generacion robaria en el espacio y en el tiempo el sitio de las generaciones futuras.

¡Privilegios de la vida que condenarian á la *nada* aquellos que están destinados á vivir!

¡Se pierde uno en un abismo de consecuencias ab-

surdas siempre que se quiera salir de la realidad y sustituir al plan incomprensible, pero visible, de Dios, la vanidad y la imaginacion del hombre!

VII.

Pero si la naturaleza da por todos estos fenómenos constantes un mentís evidente á la teoría de la perfectibilidad indefinida de la humanidad sobre la tierra, la historia no deja de desmentir tambien en todas sus páginas esta alucinacion de nuestro orgullo.

¿Cuál es el testimonio que la historia nos presenta de acrecentamiento indefinido de luz, de virtud, de civilizacion, de felicidad sobre la tierra en las razas que nos han precedido?

¿En dónde se encuentra la perfectibilidad visible en esas razas que han pululado en tribus, en naciones, en dominaciones sobre este globo desde los tiempos más remotos?

¿Cuál es, pues, la raza que no haya seguido el curso regular de su nacimiento, de su gloria, de su decadencia y de su muerte? ¿Son estas condiciones de estas colecciones de hombres como del hombre mismo sometido á los cuatro fenómenos de la vida, nacer, crecer, envejecer y morir?

Este globo no es por todas partes más que un osario de civilizaciones enterradas. La historia, que es el registro del nacimiento y de la muerte de estas civilizaciones, nos le enseña por todas partes, naciendo, creciendo, envejeciendo y muriendo con los dioses, los cultos, las leyes, las costumbres, los idiomas y los imperios que han fundado por un momento aquí y allá en su pasaje sobre el globo. Ninguna se ha escapado hasta el presente á esta vicisitud orgánica de la humanidad. El tiempo no se ha parado por nadie. Se dice el curso del tiempo porque trae y lleva incesantemente las cosas mortales.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

VIII.

Al pasar estas razas han dejado, sea en los libros, sea en los monumentos, hoy ya arruinados, algunos vestigios de su ciencia y de su fuerza, que demuestran, al ménos, la igualdad con nosotros.

Esto es tan cierto que, cuando queremos hablar de una cosa superior en sabiduría, en virtud, en fuerza, en belleza material y moral, decimos: *Esto es antiguo.*

¿Qué razon hay para prejuzgar mejor de nuestro destino que del destino de estas grandes existencias eclipsadas ántes que nosotros? ¿En dónde están nuestras pruebas? ¿en dónde nuestros indicios?

Excepto en algunas industrias puramente mecánicas que cambian la forma de una civilizacion sin cambiar el fondo, ¿en dónde se encuentran esos síntomas tan notables de la perfectibilidad indefinida de la especie humana?

¿Está en las ideas? No, nosotros no pensamos con más profundidad que Job, no soñamos nada más grande que lo que soñó Platon, no cantamos más divinamente que Homero, no hablamos más elocuentemente que Ciceron, no moralizamos más razonablemente que Confucio, no resumimos nuestra saibduría en proverbios más sustanciales que Salomon.

¿Está en las pasiones? No, nosotros tenemos las mismas pasiones que nuestros padres, porque tenemos los mismos órganos, y porque la lucha establecida en nosotros entre la naturaleza y la razon, que es el instinto del alma, y las pasiones, que son el instinto de la materia, rompe tan á menudo en nosotros como en ellos el equilibrio sin cesar roto por el mal y sin cesar restablecido por el bien para volverse á romper sucesivamente.

¿Está en los libros, estos monumentos escritos del pensamiento de los pueblos? No, pues juzgando por los sublimes fragmentos que se han podido descifrar de la China, de la India primitiva, de la Grecia y de Roma, no vemos que sean inferiores estos monumentos escritos á las páginas de la Edad Media, oscurecida

por las tinieblas, y de los dos ó tres últimos siglos, que son el crepúsculo del renacimiento del pensamiento. Las cenizas de la biblioteca de Persépolis ó de Alejandría no nos han dejado más que algunas chispas, pero estas chispas atestiguan un hogar tan luminoso como el de nuestra jóven Europa.

¿Está en el arte? No, respondan el Egipto, la Siria, las Indias, el Parthenon, Fídias, los bronces, las estátuas, las medallas y los vasos etruscos. El eterno esfuerzo de nuestras artes modernas es remontarse á esos tipos de lo bello en la arquitectura y la escultura; y como las artes toman ordinariamente su nivel en una misma época, todo hace conjeturar que las artes del espíritu igualaban en perfeccion á aquellas sólidas materias que han llegado hasta nosotros en obras maestras del arte.

¿Está en las instituciones? No, porque nosotros flotamos, como en la antigüedad, entre cinco ó seis formas políticas de gobierno enumeradas por Aristóteles, formas que se combaten ó que se suceden con la misma impotencia para su duracion y estabilidad. El mismo encarnizamiento de los pueblos de Europa para buscar formas mejores de gobierno ó de sociedad, prueba el trabajo y la inquietud del espíritu, que se agita en perpétuo esfuerzo.

¿Está en el respeto de la vida humana? No, pues jamas la ambicion, la gloria ó la conquista han ver-

tido más sangre en los campos de batalla que se ha vertido desde hace sesenta años.

El nombre de Napoleon, á quien llaman el Grande, ha costado la vida á millones de hombres en ménos de veinte años; y tanta sangre humana vertida no ha cambiado ni un límite, ni una idea en Europa. Las generaciones han sido segadas en flor, en lugar de caer en su madurez. Esto es todo el progreso.

En fin, ¿está en la felicidad pública? Preguntad á ese eterno gemido que sale del seno de las masas. La misma medida de sufrimiento y de bienestar son los pueblos, solamente que esta suma de felicidad está repartida más equitativamente desde la abolicion de la esclavitud y del feudalismo. Pero, ¿en dónde se ha abolido la esclavitud? En una pequeña parte de Europa, en donde el proletariado la ha reemplazado. La barbarie, el despotismo y la servidumbre ocupan aún la inmensa mayoría de las zonas geográficas del globo.

¿Está en el bienestar individual? No, pues esta palabra de progreso en el bienestar resuelve la inmutable condicion del hombre en este mundo. Miéntras que el hombre no haya ni perfeccionado sus órganos, ni vencido el sufrimiento físico y moral, ni prolongado su vida una hora más, ni prolongado la existencia de los que ama; miéntras que sea lo que es, un insecto, arrastrándose sobre las tumbas para buscar la suya y

acostarse allí en las tinieblas, ¿quién será el insensato burlon que le hable de los progresos de su felicidad?

Esta palabra no es más que una ironía del lenguaje aplicada al hombre. ¿Qué es una dicha que se cuenta por dias y por semanas, y que avanza á cada minuto hácia la catástrofe final, la muerte? El progreso en la dicha para un sér semejante, ¿es el progreso cuotidiano hácia el sepulcro? Así, pues, ¿qué es el progreso en la dicha para una raza de la que cada sér marcha á su suplicio próximo é inevitable?

Cambiar en fiesta y regocijo esta procesion eterna hácia la muerte, es más que engañarse: es mofarse de la humanidad.

La filosofía de la perfectibilidad contínua é indefida no es solamente una desilusion, es más bien la irrision de la especie humana.

IX.

Sin embargo, ¿por qué Dios, que no engaña nunca, ha inculcado en el hombre esa palanca, esa invencible aspiracion, esa esperanza sorda y obstinada del perfeccionamiento indefinido de su especie? Todo instinto es una profecía: esta profecía es, pues, divina; implica un deber en el hombre y está destinada á realizarse sobre la tierra.

Nosotros no solamente no negamos este instinto natural ó sobrenatural que lleva al hombre á esperar, contra toda esperanza, un perfeccionamiento indefinido, sino que creemos que este instinto ha sido dado, en efecto, al autor con un doble fin; primero, como una impulsion divina para trabajar miéntras viva en su perfeccionamiento individual, perfeccionamiento cuyo objeto alcanzará en el otro mundo, no en éste. Aquí tiene tan sólo su taller, allá el reposo; aquí debe marchar, allá debe llegar.

En segundo lugar, creemos que Dios ha dado este instinto de perfeccionamiento indefinido al hombre como una impulsion ó abnegacion meritoria que debemos todos á nuestra raza, á nuestra familia humana, á nuestros hermanos en el bien y en el mal, á nuestra patria, á la humanidad entera. Interesarse en la suerte comun de su raza, trabajar con desinterés en la suerte futura de esta raza que no se verá, es la abnegacion, es el concurso meritorio, es el sacrificio de la parte al todo, del sér á la especie, del ciudadano á la patria, del hombre al género humano; es el deber, es la virtud, es el sacrificio, es la hermosura moral. El egoista ha nacido para él solo; el hombre colectivo ha nacido para sus semejantes; sacrificarse al perfeccionamiento relativo ó absoluto, limitado ó ilimitado, acabado ó indefinido, local ó universal, es el deber, es la virtud!

Así, pues, para que el hombre se dedique por sí mismo á este difícil deber, es preciso que tenga en sí mismo la secreta conviccion de la utilidad de este sacrificio á su familia terrestre; es preciso que crea vagamente en la posibilidad de servir, de mejorar, de perfeccionar la suerte comun. Esta conviccion íntima que se convierte en ilusion si se trata de un progreso indefinido y absoluto de la especie, no es de ningun modo una decepcion si se trata de una mejora relativa, local, temporal, de una parte de la humanidad.

El progreso indefinido y contínuo es una quimera desmentida lo mismo por la historia que por la naturaleza; pero el perfeccionamiento relativo, local y temporal, está considerado como una verdad.

X.

En efecto, vemos por todas partes una raza humana que, caida en la ignorancia y la barbarie, sale de ella para remontarse á la luz, á la civilizacion, á la virtud, al poder; llegar más ó ménos laboriosamente á la perfeccion relativa de una nacionalidad, de una sociedad, de una religion superior; permanecer en ese punto culminante más ó ménos tiempo ántes de volver á bajar, despues descender por efecto de la debilidad irre-

mediable de nuestra naturaleza, deteriorarse, corromperse, decaer, morir, desaparecer, no dejando como el individuo más perfeccionado más que un nombre y un puñado de cenizas en el sitio en que vivió.

La humanidad sube y baja sin cesar sobre su camino, pero no sube ni baja indefinidamente; ese es el error de los filósofos de la perfectibilidad indefinida.

De suerte no es dudoso que, en la obra de esta creencia relativa de una nacion ó de una sociedad, esta sociedad ó esta nacion no esté real y santamente servida, secundada, asistida, glorificada por la abnegacion de los hombres superiores ó de los hombres secundarios que forman parte de ella. El pensamiento de uno solo es la palanca de una multitud; la virtud de uno solo santifica la muchedumbre; la sangre de uno solo rescata una raza; el más glorioso ó el más humilde sacrificio salva ó engendra todo un siglo. La sociedad humana no vive más que de los sacrificios de sus miembros al bien general.

¿Quién se sacrificaria si creyese estéril su sacrificio?

Es preciso, pues, que el hombre tenga este instinto de la utilidad y de la santidad de su sacrificio; solamente algunos creen sacrificarse á un perfeccionamiento y á una dicha indefinidas sobre la tierra: otros á un perfeccionamiento relativo, local y temporero; ahí está el secreto de este instinto, que nos induce al mejoramiento de nuestra especie, instinto ilusorio en unos, real en otros, meritorio en todos.

Pero hasta aquellos mismos que, como nosotros, no se hacen la ilusion de los progresos indefinidos en la inteligencia y la felicidad sobre la tierra, están convencidos que el menor trabajo y el más oscuro sacrificio á la humanidad, aunque limitado por la naturaleza de las cosas mortales de este mundo, no serán perdidas para el *sér humano;* que, interrumpido aquí por la condicion perecedera de las cosas humanas y por la muerte, este progreso se aprovechará en otra parte: en las regiones de la eternidad, de lo absoluto, de lo infinito.

XI.

Existe un instinto de progreso y de dicha indefinida de la humanidad sobre la tierra, como existe otro instinto que Dios ha dado invenciblemente al hombre, instinto que el hombre sabe que es perfectamente ilusorio en este mundo, y que, sin embargo, le arrastraria invenciblemente tambien hácia un fin del que nunca se acerca; queremos hablar de la aspiracion á la felicidad completa y permanente sobre la tierra.

¿Cuál es el hombre que no conoce el engaño de este

instinto? Y, sin embargo, todos los hombres se dejan eternamente arrastrar por él. Pero es necesario en el plan divino que este instinto de la felicidad perfecta engañe al hombre para hacerle soportar la existencia y proseguir paso á paso en la vida el camino de la eternidad. Sin este instinto el hombre se pararia al segundo paso, se sentaria con frecuencia entre sus manos sobre el camino esperando la muerte sin movimiento, ó adelantándose á ella por medio del suicidio.

Esta aspiracion á una dicha que no existe en el mundo es el resorte que da impulsion á la vida, al movimiento y á la actividad humana.

Hay un instinto que es aquí una mentira como el del perfeccionamiento indefinido de la especie, pero más léjos una verdad. No puede creerse con respecto á este mundo, pero sí con respecto al otro. Es un fanal colocado sobre la orilla, en donde no abordamos hasta despues del naufragio de la vida. Nosotros creemos ver ese fanal á algunas olas de nosotros, sobre nuestro globo flotante; pero brilla, en efecto, sobre otra esfera, y nos conduce, engañándonos, al perfeccionamiento moral y á la dicha eterna.

XII.

Hace algun tiempo decíamos que esta filosofía reciente de la perfectibilidad indefinida de la humanidad es una bola de aire coloreada á las miradas del niño que la infla con su aliento. Esto no resiste ni al razonamiento, ni á la experiencia, ni á la historia, ni á la naturaleza. Es la paradoja del dolor, de la miseria y de la muerte, es el desafío á toda realidad. Es preciso no haber leido seriamente ni una página de los anales de los siglos, ni una página de su propio corazon, para complacerse en este sueño dorado de los niños viejos.

La primera ruina de un imperio de que la tierra está sembrada, le confunde; la primera tumba que encuentra bajo sus piés, le disipa; la primera decepcion del corazon ó del espíritu le hace deshacerse en lágrimas.

El dolor es la única verdad irrefutable en este mundo. No hay ninguna metáfora que diga lo que han dicho nuestros padres y lo que dirán nuestros hijos: *Globo sembrado de cenizas y lágrimas.* No he comprendido jamas cómo ha habido hombres tan obstinados en sus quimeras que creyesen en el progreso indefini-

do y en la dicha absoluta sobre semejante clave, que les conduce á la nada.

¡Hombres dichosos que, si hubieran vivido, habrian muerto áun dormidos!

XIII.

La verdadera filosofía, la filosofía viril, la filosofía experimental es, pues, aquella que, en lugar de corresponder á éstas ménos, corresponde á la realidad de nuestra triste condicion humana y mortal, es decir, la filosofía del dolor! La filosofía del dolor, santificada por la aceptacion y consolada por la experiencia, es la filosofía de los indios de Brahma, de Boudha, de Confucio, de Platon, del cristianismo; es la que nos ha parecido, desde el primer disgusto que tuvimos en la vida, contenia más verdad, más realidad, más hermosura, más relacion, más grandeza, más virtud, más esperanza, más valor para vivir, para amar, para esperar, para obrar.

¿Qué dice esta filosofía del dolor en todos estos países, en todas estas épocas, en todas estas teologías, en todos estos idiomas? ¿Qué ha dicho desde el principio en las Indias?

Dice: «Que hay un Dios. Su obra lo prueba. La vida es el testimonio de su vida.»

Dice: «Que Dios, Sér de los séres, es infinito, perfecto, eterno. Su naturaleza lo prueba; el infinito, la eternidad, la perfeccion, son los atributos del Sér de los séres.»

Dice: «Que ha creado y crea sin límite de tiempo, de espacio ni poder tantas criaturas como el infinito de su pensamiento tiene de sabiduría, de poder y de fecundidad creadora. ¡Ser, para el Sér de los séres, es crear!»

Sube por el pensamiento en el fondo de los firmamentos que no tienen fondo, y dice: «Está allí.» Desciende á los límites del éter inferior, que no tiene límites, y dice: «Está ahí.» Se extiende á las extremidades del espacio, que no tiene extremidades, y dice: «Áun está ahí, no acaba nunca, empieza siempre y está entero en todas partes donde está.»

Dice: «No hay grandeza ni pequeñez ante Él; la cosas no se miden más que por la gloria que tienen de emanar de Él. Cada uno de sus pensamientos realizados es tan grande como el otro, puesto que proceden igualmente de Él y en Él.»

Dice: «Nosotros somos una de sus criaturas, uno de sus pensamientos realizados, ni más grande ni más pequeño que cualquiera otra de sus criaturas. No sabemos con qué nombre nos nombra en su vocabulario de amor creador, pero en el mundo nos llamamos *hombres*.

XIV.

«¿Qué es el hombre?» continúa este filósofo primitivo de la India.

El hombre es un insecto efímero, nacido entre las tinieblas y el dolor de una mañana, para morir en las tinieblas de una noche. Roe durante algunas evoluciones del sol la epidérmis del pequeño globo á que está adherido, despues entra en él para fecundar esta epidérmis con su pólvo. Si se le mide por lo infinito del espacio que le rodea, no vale la pena de ser calculado; si se le mide por lo infinito de los tiempos que le preceden y que le siguen, no vale la pena de ser suputado; si se le mide por su brevedad, por su insignificancia, por su nada entre los séres, no vale la pena siquiera de ser nombrado.

Él no conoce la eternidad, el espacio, el tiempo, la ciencia, la felicidad más que de nombre; no tiene el sentimiento de su sér más que por algunos estremecimientos de placer, por convulsiones de dolor. No es más que un punto sensitivo y doloroso en la creacion. Toda su naturaleza está en contradiccion con la bondad de este Criador, que está forzado por su razon á creer infinitamente bueno.

Pretende explicarse á sí mismo esta contradiccion, que no puede ser más que aparente. Piensa, conjetura, imagina y saca en consecuencia. ¿Qué saca en consecuencia? ¡Palabra que le anonada, la palabra *misterio!* ¿Y cómo hará para levantar el peso de este misterio que le anonada?

El principio, se dijo, no debió ser así; el fin no puede ser así. Conjeturemos, pues.

Las condiciones fatales de todo sér creado, es decir, limitado, ¿no son la brevedad, la imperfeccion, el dolor, la muerte? No; pues siendo Dios infinito no hay límite en la expansion de la vida, de grandeza, de felicidad que puede correr siempre de él sin agotarse jamas. No hay medida para sus dones, pues puede dar sin empobrecerse; no tiene necesidad de economizar ni el sér, ni la bondad, ni el poder.

No es, pues, esto.

Es que la naturaleza humana, viciada por completo en la primera pareja ó en las primeras generaciones como una cosecha cuyas espigas, contenidas en la primera simiente, se resienten de la alteracion del gérmen, ¿hubiera sufrido una decadencia y un castigo perpétuo por haber abusado de esta libertad moral, libertad moral que es su gloria y su peligro?

A consecuencia de esta primera alteracion por la libertad, toda esta raza solidaria ¿sufriria una expiacion inexplicable hasta que hubiese reconquistado por esta

misma libertad regenadora su primera inocencia y su primera felicidad sobre la tierra?

¡Quizás!....

No hay nada, por más que diga, de contradictorio en la idea del Dios perfecto. La idea es tenebrosa, pero de ningun modo absurda. ¿Quién nos dice que las almas no engendran intelectualmente como los cuerpos, y que la última gota de agua no participa de la corrupcion del manantial?

En fin, ¿es que la sabiduría y la bondad divina habrán querido conceder al hombre el mérito y la gloria de acabar su propia creacion por medio del ejercicio doloroso y meritorio de su libertad moral, sujetándole aquí abajo á pruebas penosas y misteriosas que, bien ó mal soportadas durante esta corta vida, le conducirán, vencido á nuevas pruebas, vencedor en la conquista de su propia felicidad?

¡Quizás!....

En esto no hay ningun atentado contra el Criador, ni humillacion para la criatura. Hacerse justicia á sí mismo, ¿no es la suprema justicia? Participar uno mismo de su propia perfeccion, ¿no es la perfeccion suprema y la más bella explicacion de estas palabras: *Seréis dioses?*

¡Por doquier misterio! No hay nada más evidente que el sentimiento del dolor. La humanidad no se atestigua más oue por sus gemidos.

XV.

Pues bien: porque el hombre no puede ni negar ni explicar humanamente su dolor, ¿cuál es la filosofía más razonable: aquella que niega su lamentable condicion, ó aquella que piensa aceptarla, primero como una voluntad adorable en su enigma, para santificarla en seguida como una prueba adorable en su misterio?

Todas las revoluciones de la naturaleza contra el dolor, todas las imaginaciones de los filósofos de la perfectibilidad indefinida y del placer, no corregirán la amargura de una lágrima de la humanidad. Miéntras que las ilusiones de esta filosofía de la trasfiguracion del hombre en Dios aquí en la tierra hace correr en los idilios los riachuelos de miel y leche, el hombre continúa alimentándose con su llanto, gimiendo y muriendo bajo el canto de estos tristes epicúreos de este valle de miseria. La suerte es la suerte; la sentencia está dictada; el mundo es viejo; otros han soñado ántes que vosotros; los sofistas de la felicidad creciente han protestado desde hace millares de siglos y no han podido revocar una sílaba del destino. El sueño pasa, el hombre queda. Su nombre es Adan, *tierra*, es decir, debilidad.

XVI.

Pero desde los primeros tiempos floreció otra filosofía, una filosofía de la realidad, la verdadera expresion del hombre complejo, alma y cuerpo; una filosofía que es razon y religion á la vez, verdad y consuelo reunidos; una filosofía donde se encuentran los dogmas y preceptos en los primeros monumentos literarios de la India; reflexion en vez de sueño, y que ha encontrado en el dolor mismo los dos únicos remedios para el dolor: la aceptacion y la santificacion.

Esta filosofía desciende desde los primeros libros sagrados de la India hasta la filosofía del cristianismo de nuestros dias. Nosotros la preferimos mil veces á esa que llaman la perfectibilidad indefinida, pues la encontramos más facil de practicar; reposa sobre este axioma:

Es más fácil santificar la tierra que trasformarla. No dice al hombre que sonria cuando solloza, que espere cuando desespera. Le dice:

«Tu dolor es meritorio ó tu dolor es merecido; acéptale de la mano de Dios como una expiacion, y cúmplela como una prueba bajo la mirada de Dios.

»Tu juez será tu consolador, la eternidad te compensará ese minuto; sufre para justificar tu raza culpable, ó sufre para conquistar tu propia felicidad, y en una ú otra hipótesi, bendice!

XVII.

Ved aquí la filosofía que emana de la primera teología conocida, la de la India antigua. Vamos á daros una idea recopilada en el exámen de los *libros sagrados* y de los poemas primitivos, del primero de los pueblos literarios. Los filósofos del progreso indefinido en teología, en moral y en literatura nos dirán si con tales ideas, tales dogmas, tales preceptos y tales poesías, en el principio de los siglos, son de naturaleza para confirmar en su sistema del hombre materia en el principio, y del hombre Dios al fin de las edades.

XVIII.

Un admirable escritor que acaba de dirigir á mi nombre en la columnas de *La Presse* un himno á la amistad, disfrazado bajo la forma de una crítica, me reprocha haber desesperado del mundo, haber hecho

desfallecer el espíritu humano en su santa aspiracion al progreso, haber exhumado en la lectura de la *Imitacion* lo que él llama los miasmas metafísicos de la Edad Média, haber despojado al hombre de sus fuerzas y su virilidad, quitándole las ilusiones, para nosotros muy peligrosas, de un progreso *indefinido y contínuo* sobre este pequeño globo.

Le respondemos incesantemente por medio de dos *Conversaciones literarias*, ó por mejor decir en una de *Las Conversaciones literarias* que publicamos; pues M. Pelletan, que habla como Platon, tiene el derecho de soñar como él hermosos sueños. Pero ¡ah! nosotros..... hace mucho tiempo que nos hemos despertado!..... Nosotros creemos más grandioso y viril mirar frente á frente la desgracia sagrada de nuestra condicion humana, que negarla ó adormecer en nosotros el sentimiento con el *opio*. Este jugo adormecedor, por bien condimentado, y eso que M. Pelletan lo condimenta como gran poeta, no sirve más que para producir los delirios de la perfectibilidad indefinida y de la felicidad sin límites sobre una tierra que no fué, que no es y que no será jamás más que un sepulcro blanqueado entre dos misterios.

Yo concedo el progreso local, relativo y temporal, sí. Pero el progreso indefinido y contínuo, no. Nada hay ilimitado en nuestra pobre especie, limitada como está á un relámpago de duracion, á un átomo de espacio, á un puñado de polvo. La utopia á las ideas, pase; ¡pero de la utopia con la naturaleza! ¡Oh! Los elementos mismos se mofarian de nosotros. Este género de utopia me recuerda á los enterradores del *Hamlet*, que jugaban con los huesos de los muertos en el cementerio y con los cráneos vacíos y desenterrados. Respetemos nuestros futuros destinos allá arriba, pero aquí abajo respetemos al ménos nuestra nada!

El historiador M. Thiers, cuya erudicion alimenta el buen sentido y cuyo buen sentido se eleva cuando es necesario hasta la poesía, este buen sentido trascendental de la imaginacion, nos da una elocuente y patética imágen de esta condicion transitoria de las civilizaciones humanas. M. Pelletan ama las imágenes, y tiene razon; decir no es nada; pintar es el todo en cuestion de estilo; las imágenes son los grabados de la idea; lo que no está representado, no está dicho. Ved aquí la imágen de M. Thiers.

« ¿Te acuerdas tal vez, ¡oh rey! dice un jefe sajon á su príncipe, de lo que sucede algunas veces en los dias de invierno, cuando te encuentras sentado á la mesa con tus capitanes, la sala está caliente, aunque llueva, nieve ó granice por fuera? De repente entra un pajarillo volando y atraviesa la sala entrando por una puerta y saliendo por otra; este instante tiene para el pobre pajarillo una dulzura infinita, pues no siente ni la lluvia, ni el viento, ni el frio; pero este

instante es fugitivo, el pajarito desaparece en un cerrar y abrir de ojos, y *del invierno vuelve á pasar al invierno!* Tal me parece la vida de los hombres sobre esta tierra, y su duracion de un momento, comparada á la duracion del tiempo que le precede y que le sigue: *¡del invierno vuelve á pasar al invierno!*»

El aire exterior, la lluvia, la nieve, el viento es la condicion del hombre; la sala caliente y abrigada es el progreso; el pájaro es la civilizacion que atraviesa un momento esta dulce temperatura; pero ¡ay! no reposa en ella mucho tiempo, y perseguida por la instabilidad humana *repasa el invierno en el invierno.*

Arrojemos leña en el hogar, y roguemos á Dios que la luz y el calor duren, diré yo á M. Pelletan; pero no lisonjeemos al pobre pájaro que pasa, y no creamos en la eternidad de nada aquí abajo, ni siquiera en la de nuestros sueños!

LAMARTINE.

París, 20 de Marzo de 1856.

CARTAS Á LAMARTINE.